

Un inmigrante más

Por Jaison Alberto Vera García



Psicólogo Egresado de la
Universidad del Magdalena

Recuerdo que a mis 11 años, como cada domingo durante algunos meses, mi padre llegaba a casa con el periódico y dentro de este unas cuantas hojas que formarían el gran atlas del mundo; esperaba con impaciencia ese día en el que descubriría un nuevo continente, una montaña, un océano, un país con algún nombre "raro" de Asia. Creo que ese hecho, que revivo con mucha melancolía, me hizo un apasionado por las culturas y despertó mis deseos de explorar nuestro planeta.


Justamente hace un año, al finalizar mis estudios de psicología en la Universidad del Magdalena, decidí un día renunciar a mi trabajo, a mi beca de posgrado, despedir

a mi familia, a mis amigos, a la ciudad que me vio nacer y crecer. Pero, en ese momento, no estaba seguro de si debía partir a Europa, más precisamente a Francia ¿Por qué ese país? Porque me inspira la libertad y el humanismo que emana su literatura y su lengua. Entonces lo hice.

Una vez pisé tierra francesa, repleto de ansiedad, tal y como lo generan los grandes cambios, desaparecí de Colombia. Ahora me había convertido en una cifra sobre flujos migratorios, en la antitesis de los discursos políticos nacionalistas que son tan populares en estos momentos, en el rechazo de algunos y en el exotismo de otros. Sin embargo, Europa me mostraba que era la tierra de todos, o

más bien el punto de encuentro y coexistencia de centenares de nacionalidades. Es solo cuestión de tomar un pequeño paseo por las calles que huelen a historia y te cruzas con árabes, latinos, asiáticos y africanos. Es un mosaico colorido y vivo cuyas piezas no están fijamente ensambladas, pues inmigrar es un acto puro de subvertir, de desafiar, de incomodar, ya que pone en evidencia la riqueza de la diferencia, lo extraño, lo no habitual, todo lo que en apariencia no resulta compatible con los valores de un pueblo.

A pesar de esto, compartimos la característica más importante: una humanidad en la que enfatizamos a través de una empatía que trasciende a cualquier disparidad cultural o étnica, superando los miedos que se esconden detrás de los estereotipos, teniendo claro que el mundo se ha convertido en una gran aldea dinámica, la cual se (de) construye y (re) configura a cada momento.

En definitiva, me atrevo a decir que en algún momento todos nos hemos instalado en otro país, otra ciudad, otro barrio o simplemente hemos encarado situaciones que ponen a prueba nuestra identidad y nos hacen repensar la existencia porque, al fin y al cabo, ¿qué sería la vida sin el movimiento y el cambio? 



Jaison Vera en Francia.
Foto: cortesía del autor.